

# KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

---

## NUEVAS DIRECCIONES PARA LA ESTÉTICA ECOLÓGICA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA NEORRURAL (2013-2020)

New directions for the ecological aesthetics in neo-rural Spanish literature (2013-2020)

---

ROSA BERBEL

Universidad de Granada (España)

rosaberbel@ugr.es

Recibido: 11 de octubre de 2021

Aceptado: 23 de febrero de 2022

<http://orcid.org/0000-0001-7602-4138>

<https://doi.org/10.7203/KAM.19.21748>

N. 19 (2022): 297-316. ISSN: 2340-1869

---

**RESUMEN:** El retorno al campo se ha convertido en la última década en un motivo literario relevante y habitual, como atestigua la consolidación del fenómeno neorrural. Pese al evidente protagonismo de que ha gozado la tensión entre el campo y la ciudad en la tradición española, los textos recientes revelan formas nuevas de relación con el territorio, cercanas en sus postulados a algunas articulaciones ecologistas actuales y a las ecoescrituras. De este modo, el presente artículo propone una relectura del corpus neorrural a la luz de las estéticas ecológicas, tratando, por un lado, de comprender las obras más allá de las representaciones localistas, desde el ámbito de lo posnacional o lo glocal; y por el otro, de formular un vínculo con el medioambiente y la naturaleza que potencie también una consideración constructiva de la ciudad, como espacio de alianzas políticas y encuentros emancipatorios para la comunidad. Para ello, partiremos de algunas de las obras más representativas de las nuevas ruralidades, desde la célebre *Intemperie* de Jesús Carrasco a *Tierra de mujeres* de María Sánchez, pasando por ficciones como las de Irene Solà, Lara Moreno o Alberto Olmos.

**PALABRAS CLAVE:** Neorruralidad, Medioambiente, Naturaleza, Ecoficción, Ecocrítica.

**ABSTRACT:** In the last years, the return to rural has become a relevant and common literary motif, as attested by the extraordinary prominence of the neo-rural phenomenon. Despite the evident centrality that the tension between the country and the city has enjoyed in Spanish tradition, recent texts reveal new relationships with the territory, close in their proposals to some current environmentalist ideas and eco-fiction works. In this way, this article proposes a reading of the neo-rural corpus from the perspective of the ecological aesthetics, trying to understand it beyond localist representations, from the domain of the post-national or the glocal; and to formulate a link with the environment and nature that also promotes a constructive consideration of the city, as a space for political alliances and emancipatory encounters for the community. To this end, we are starting from some of the most representative works of new ruralities, from the famous *Intemperie* by Jesús Carrasco to *Tierra de Mujeres* by María Sánchez, along with fictions such as those by Irene Solà, Lara Moreno or Alberto Olmos.

**KEYWORDS:** Neo-rurality, Environment, Nature, Eco-fiction, Ecocriticism.

La creciente asimilación de la estética neorrural en el panorama cultural y político del presente ha evidenciado la centralidad que el retorno al campo ocupa en el pensamiento contemporáneo. La proliferación de ficciones, ensayos o poemarios concernidos por la situación del medio rural revela el protagonismo de una tendencia que se ha impuesto como punto de cruce entre las problemáticas específicamente locales y los conflictos sociales y ecológicos del Antropoceno. La fructífera trayectoria de la neorruralidad literaria desde la publicación de *Intemperie* de Jesús Carrasco (Seix Barral, 2013) hasta textos como *Tierra de mujeres* (Seix Barral, 2018) de María Sánchez o *Canto yo y la montaña baila* (Anagrama, 2019) de Irene Solà no debería interpretarse como un fenómeno excepcional en el panorama editorial español, sino como una tendencia de aspiración más amplia y una profunda filiación posnacional.

En este paisaje, creemos que la problematización del rótulo “neorrural” debe pasar por un cuestionamiento ontológico de la oposición entre el campo y la ciudad, con objeto de señalar, por un lado, la inoperancia actual de la distinción, y al mismo tiempo, el riesgo de la asimilación de lo urbano como creador único de sentidos. Así, partiendo de una comprensión de la creación rural en estrecho diálogo con las estrategias de la estética ecológica y la ecoficción, este artículo plantea un acercamiento a la tendencia literaria desde su encrucijada histórica ante el colapso medioambiental, los procesos de globalización y urbanización, la alteración en las condiciones de habitabilidad o la despoblación de las zonas agrícolas.

## DEL RURALISMO A LAS NUEVAS (NEO)RURALIDADES<sup>2</sup>: DINÁMICAS DE LA “CONTRAURBANIZACIÓN” EN LA TRADICIÓN LITERARIA NACIONAL

La literatura rural ha constituido históricamente un eje fundamental de articulación en el panorama nacional, revelando formas propias de pensar y de habitar los territorios. La tensión entre el campo y la ciudad, cuya habitual confrontación ha llevado a la formación de una estructura narratológica específica (Bal, 1987: 32), se ha sufrido en el ámbito español con una radicalidad genuina que, a diferencia de otros países, antecede no solo a los éxodos masivos del siglo XX, sino también al evento de la Revolución Industrial. Desde la publicación en el siglo XVI del *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Fray

<sup>1</sup> Este artículo es resultado de una investigación en curso en el Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, financiada por un contrato predoctoral FPD de la Junta de Andalucía.

<sup>2</sup> El término “nuevas ruralidades” ha sido frecuentemente empleado desde finales de la década de los noventa, para describir un complejo proceso de transformación en las zonas rurales orientado a la experimentación de formas nuevas de territorialidad y atravesado por las preocupaciones ecologistas, el anticapitalismo, la crítica al trabajo, la crisis de habitabilidad o la crisis alimentaria (Rauch, 2013; Nogué, 2016).

Antonio de Guevara, rápidamente convertido en un “instrumento de representación del espacio y un lugar común moral” (Martí, 2001: 197), hasta las novelas de Miguel Delibes, afectadas de forma temprana por las reivindicaciones ecologistas, son múltiples los textos canónicos que han integrado, adaptado o resignificado la ruralidad más allá de la producción hegemónica de sentidos.

Pese a no tratarse de un fenómeno aislado en la tradición peninsular, las circunstancias ecosociales de nuestro siglo y el diálogo que estas producciones entablan con otras estéticas recientes nos obligan a avanzar hacia nuevos modos de recepción más amplios, que excedan las problemáticas del campo nacional. El concepto de “contraurbanización” de Hugo Ratier avanza en este camino, al dotar a este (nuevo) neorruralismo<sup>3</sup> de la posibilidad de formular alternativas políticas, sociales y culturales frente a las temporalidades urbanas. Así, el sujeto neorrural, en tanto que sujeto contrahegemónico, ejercería una reacción frente a las dinámicas de la acelerada urbanización y destrucción de los territorios. Tanto en el caso de los actores ciudadanos que viven en el campo dedicados a tareas productivas no agrícolas, comprendidos habitualmente como neorrurales en un sentido estricto<sup>4</sup>, como en el de los ciudadanos que se trasladan al rural para trabajarlo “basándose en una filosofía revitalizadora de la naturaleza” (Ratier, 2002: 17), el desplazamiento implica ya en sí mismo una “oposición activa a la política globalizadora” (Ratier, 2002: 25) mediante la revalorización de lo campesino y la voluntad de superación del colapso neoliberal. Este marco conceptual nos permite leer la tradición ruralista desde el prisma no solo de una restauración de los vínculos con el campo, sino también de una problematización general de los sistemas productivos y una transformación en la comprensión de las ciudades, más allá de las especificidades del Estado español y sus tensiones específicas.

La publicación en 2013 de *Intemperie* de Jesús Carrasco contribuyó a dotar de relevancia mediática a la literatura neorrural. Pocos meses después del lanzamiento ya se vaticinaba en los medios el retorno de la literatura sobre el campo y Carrasco era definido

3 Tal y como lo expone Nogué: “estamos asistiendo a la emergencia de un nuevo neorruralismo que va mucho más allá del conocido fenómeno neorrural, tan importante en buena parte de Europa en las décadas de los años setenta y ochenta del siglo pasado. Las actuales tecnologías de la información y de la comunicación están influyendo en la aparición de estos nuevos tipos y modelos de asentamiento y cuestionan en su totalidad las tradicionales relaciones campo-ciudad” (2016: 494).

4 Recordemos, por ejemplo, la definición que Sergio del Molino da para aludir a la subjetividad neorrural: “una etiqueta en boga desde los años 90 que quería definir a un tipo de persona que, tras una vida en la ciudad, se instalaba en el campo” (2016: 87). El autor sigue la acepción clásica de Michel Chevalier (1981), quien se refería al fenómeno como la “instalación en el campo de un colectivo mayoritariamente joven, procedente de las zonas urbanas”. Más allá de cierto reduccionismo terminológico, Sergio del Molino da cuenta de un proceso general de asimilación de la ruralidad, casi siempre por parte de individuos urbanos, “amantes de lo rústico” (2016: 87) y poco involucrados con el campo.

como padre involuntario de la tendencia. En el artículo de Álvaro Colomer “La literatura vuelve al campo”, se aludía a este renovado interés por el rural como un reverso estético de las creaciones apocalípticas, una salida alternativa de la crisis por la vía de la vuelta a los orígenes. Estas escrituras propiciaban no solo el retorno al campo como un motivo literario todavía sugestivo, sino también una reformulación política de lo local como soporte ético en una época de empuje globalista y urbanita. Así,

las ciudades, que durante las tres últimas décadas habían sido el marco predilecto de los escritores para la reflexión literaria, quedan relegadas a un segundo plano y lo telúrico deviene el nuevo escenario desde donde meditar sobre el fin de la sociedad del ladrillo. (20/08/2014, *La Vanguardia*).

El periodista trazaba la genealogía de *Intemperie* recurriendo a Delibes, Cela, Benet, Atxaga o Llamazares, y emparentaba también el texto con novelas coetáneas como *Lo bisón* (Tusquets, 2012) de Ginés Sánchez, *El niño que robó el caballo de Atila* (Libros del Silencio, 2013) de Iván Repila, *El bosque es grande y profundo* (Caballo de Troya, 2014) de Manuel Darriba, *Por si se va la luz* (Lumen, 2013) de Lara Moreno o *Belfondo* (Principal de los Libros, 2011) de Jenn Díaz. Reflexiones similares sobre la estética tenían cabida en el reportaje publicado en febrero de 2019 en *Babelia* durante la promoción de *Tierra de mujeres* de María Sánchez, en el que Javier Rodríguez Marcos apuntaba una de las claves de lectura del fenómeno: más allá de la histórica polarización entre las representaciones idealizadas y las representaciones estigmatizadoras del campo, el reto de estas escrituras pasaba por “retratar un universo amenazado sin bucolismo ni tremendismo”, incorporando creativamente las preocupaciones políticas actuales mediante la convergencia de la “memoria personal, la crítica al capitalismo y la reivindicación feminista”.

Con su anterior publicación, el poemario *Cuaderno de campo* (La Bella Varsovia, 2017), María Sánchez ya había puesto el foco en la conservación de los relatos del medio rural y en la urgencia de preservar una memoria ecológica del territorio, capaz de posibilitar “lazos entre las mujeres, el feminismo, la naturaleza y la ecología” (Sánchez, 2018: 80). Sus poemas sustentaban una comprensión salvaje y extrema de la ruralidad, en la que tenían además cabida la belleza, la ternura y el diálogo con la tradición, el conocimiento radical de sus estructuras. Esta vocación ecofeminista e interdisciplinar es consolidada en *Tierra de mujeres*, un texto que arroja luz sobre una estética condicionada por los sesgos patriarcales, que habrían reducido el imaginario de las tareas agrícolas y ganaderas al desempeño masculino. El texto servía de altavoz para las mujeres “que trabajan con ellos y no son titulares de la tierra” (Sánchez, 2018: 60), a modo de homenaje familiar tras un proceso íntimo de reconciliación con las raíces, y como freno al excesivo protagonismo de los hombres en la defensa del campo.

A causa de este carácter fronterizo y emancipador, que atestigua a la perfección la obra de Sánchez, la fascinación de estos textos por los espacios naturales y campesinos se ubicó pronto en el horizonte estético de la literatura pos-15M, en la medida en que participaba de una misma voluntad de “recalificación y pluralización de las formas y los discursos de la literatura política española” (Bonvalot, 2019: 1), una actitud común de resistencia frente a las diversas dinámicas críticas (no solo financieras) de la degradación social, laboral, institucional y ambiental y una tajante oposición a todo el paradigma civilizatorio del Antropoceno<sup>5</sup>. Así, con frecuencia los textos neorrurales han abordado temas recurrentes de época como la especulación inmobiliaria, la precarización laboral o la emigración juvenil, repensando la vinculación de las producciones culturales con los *lugares*, la puesta en duda de la categoría de habitabilidad y el afianzamiento de la novela como “espacio privilegiado de una reflexión sobre las gramáticas disponibles de lo político” (Bonvalot, 2019: 4).

La naturaleza indignada de estas nuevas ruralidades se hacía también evidente en la voluntad de representación de una pérdida, individual o colectiva, mediante lo que Bonvalot ha denominado una “poética del desastre” (2019: 6), que se revela narrativamente en la inclusión de atmósferas opresivas y causantes de la escisión entre los personajes y su entorno. Tal es el caso de *Intemperie* de Jesús Carrasco, en el que la localización en un llano despoblado y violento transforma significativamente las relaciones afectivas entre los personajes. Algo similar ocurre en textos como *Por si se va la luz* de Lara Moreno (Lumen, 2013), que tensiona abruptamente las distancias entre el campo y la ciudad, o *Un amor* de Sara Mesa (Anagrama, 2020), en el que el traslado al medio rural es también el punto de partida de un relato áspero y descarnado, que proyecta fuertes asimetrías sobre las mujeres.

Precisamente por esta incorporación física del fracaso colectivo, la nueva literatura rural parece haberse alejado de las tentaciones idealistas, emplazándose con frecuencia en espacios hostiles, desérticos o deshabitados, surgidos en las ruinas del capitalismo. En un paisaje social y cultural eminentemente distópico, marcado por ecosistemas fracasados, mundos en derrumbe y territorios traumatizados, la literatura neorrural ha ocupado un lugar preeminente, operando como freno contraurbanizador ante “la aceleración globalizada” y el “presentismo dominante” (Mora, 2018: 217)<sup>6</sup>.

5 Pese a los encendidos debates terminológicos que ha generado, que proponen una sustitución del término Antropoceno (surgido en el ámbito estrictamente científico) por el de Capitaloceno (más concernido por la dimensión político-económica de esta era planetaria), nos referiremos aquí a ambos conceptos de forma casi sinónima, como distintas denominaciones a una misma época geológica marcada por el protagonismo de la humanidad y su sistema productivo, ahora convertidos en agentes de cambio medioambiental.

6 No obstante, existen también propuestas más luminosas, fundadas en la búsqueda de un *topos* más

Más allá de las problemáticas nacionales, como la cuestión de la España vaciada y la despoblación de las zonas rurales, la acentuación de las desigualdades entre los centros y las periferias, y los efectos particulares de las crisis económicas de la última década, estos textos extienden sus centros de interés al ámbito de lo posnacional, poniendo la identidad nacional en diálogo con fenómenos como la globalización o el *globalitarismo*, el avance del capitalismo informacional, los flujos migratorios del campo a la ciudad y el colapso ecológico. Pese al emplazamiento de estas textualidades en espacios rurales o regionales concretos, el regreso a los orígenes parece operar como una voluntad de despliegue hacia la naturaleza o el medioambiente en su conjunto, al cuestionar, como subraya Campuzano<sup>7</sup>, “los modos de pensar lo nacional” y “al desjerarquizar las tradicionales legitimaciones de lo literario” (2013: 116)<sup>8</sup>. Quizá sea interesante, a este respecto, facilitar también su comprensión desde la categoría teórica de lo glocal (Robertson, 1995), que puede servirnos para describir unas ficciones, que aun territorializadas en el rural español, son creadas con una vocación de trascender las fronteras peninsulares.

Consideramos, así, que la asimilación de los textos neorrurales desde el prisma complejo de la ecoficción o desde las textualidades antropogénicas obedece, en primera instancia, a esta tensión inherente entre las raíces y el cosmopolitismo; entre la huida y la lealtad al emplazamiento; y, en definitiva, entre la cultura globalizada y los puntos de referencia propios. Esto es, si cabe, aún más pertinente si atendemos a que, como subraya Vicente Luis Mora, la consolidación de las literaturas nacionales estuvo vinculada de forma notable con la tierra y el campo durante el XIX y principios del XX (2018: 200). El rol que en sus orígenes desempeñó la literatura rural en la configuración del espacio de la nación debe hacernos comprenderla como una estética que se ha vertebrado a partir de complejas y profundas relaciones con la identidad colectiva y la construcción de imaginarios sociales. De esta forma, atender a esta resemantización de la escritura del rural implica también pensar “lo que de significativo pueda tener en la lectura de qué sea hoy lo nacional” (Mora, 2018: 200) y, en consecuencia, qué pueda ser lo global o cómo alentar luchas y alianzas políticas que desborden lo local.

Un caso paradigmático en estas escrituras de la contraurbanización es el que representa la literatura de viajes. En *Vidas a la intemperie* (Pepitas de Calabaza, 2018), Marc

favorable, como la que representa la trayectoria de Irene Solà, cuyas novelas se afanan en la reparación de los vínculos sociales y naturales a partir de lo que Jane Bennett ha denominado un “igualitarismo subjetivo” o el reconocimiento de la “materia vibrante” (Bennett, 2010).

<sup>7</sup> Campuzano, Luisa (2013). “Cristina García: narrativas de lo nacional y lo posnacional”. *Kamchatka* n.º 1: págs. 115-132.

<sup>8</sup> Es justo en este sentido en el que Scharm distingue las novelas de Carrasco de la ruralidad tradicional de Miguel Delibes: “The setting of the novel, therefore, takes on the characteristics of a bioregion rather than the particularities of a specific identifiable Spanish rural area, as may be the case in Delibes’ novels” (2017: 258).

Badal toma como punto de partida el cuestionamiento del turismo rural para releer el relato de viajes clásico. Su voluntad de esquivar las representaciones hegemónicas y normativas del campo se hace visible formalmente mediante el “viaje por el pasado” y la inclusión de descripciones, digresiones, biografías, retratos o semblanzas de los personajes. La idea del desplazamiento constituye una de las líneas de fuga principales de la subjetividad neorrural, en la medida en que el tránsito de personas desde la ciudad al campo y la extraordinaria revalorización del turismo rural en los últimos años son reveladores de algunos de los más complejos fenómenos de época.

Además, la dificultad que entraña la delimitación de la literatura de viajes da cuenta de una configuración que es híbrida e intertextual desde su origen, y que dialoga no solo con las distintas formas de la ficción, sino también con los epistolarios, los diarios, las crónicas o los itinerarios, revelando “los intereses, inquietudes y preocupaciones de cada época, cultura y situación implicadas en el itinerario abarcado por el relato” (Alburquerque, 2006: 81). También en esta línea (y desde la misma editorial) piensa *Palabras mayores* (Pepitas de Calabaza, 2020) de Emilio Gancedo, en la que el leonés emprende un viaje por diversos pueblos del medio rural con el fin de conversar con sus protagonistas ancianos. De este modo, el libro se antoja un interesante compendio de enseñanzas, anécdotas, paisajes y caracteres, un artefacto emotivo que esquivo la inevitable mediación urbana de la novela y su tendencia a la apropiación de discursos marginales o periféricos.

Más allá de lo nacional, el retorno al campo está operando como estrategia de resistencia ecológica ante las dinámicas globales de la destrucción medioambiental, la precarización de las formas de vida y los procesos de acelerada urbanización. En diálogo con otras textualidades pertenecientes a las estéticas ecológicas, y pese a que la ruptura con los modelos de la tradición no es exhaustiva, las nuevas ruralidades nos proveen de formas alternativas de habitar los espacios, al tiempo que de una reformulación de los vínculos entre el campo y la ciudad.

## LAS NUEVAS ESCRITURAS RURALES A LA LUZ DE LA ESTÉTICA ECOLÓGICA

La categoría de ecoficción resulta de utilidad para leer e interpretar la producción contemporánea, en buena medida dominada, en el marco del Capitaloceno, por la aspiración de subvertir los órdenes capitalistas, extractivistas y neocoloniales. Estas escrituras revelan el propósito de atender a nuestro presente y a las posibilidades de nuestro futuro, partiendo de un imaginario ecológico que, dentro del entramado ficcional, condiciona la construcción de personajes y de mundos impulsando la reformulación del vínculo entre los seres humanos y el resto de formas de vida no humanas. Sin embargo, no estamos ante una mera incorporación temática del cambio climático o de la destrucción

medioambiental, sino ante una transformación más profunda de las estructuras productivas, una resignificación de nuestras expectativas con respecto al dispositivo de la novela (Trexler, 2015: 233). Algo similar apunta Jen Zoratti cuando alude a la utilización política e ideológica de las formas narrativas como forma de concienciación ecológica y de desautomatización de la percepción, en una concepción de la escritura especulativa que trasciende la mera evasión o entretenimiento (2014: 185) y la visión *contenidista*, para llegar a niveles más complejos de relación con lo real.

Jim Dwyer (2010) fecha en los años 70 el origen de la proliferación de la escritura ecoficcional en los Estados Unidos, alentado por el crecimiento masivo de la población y la reforestación de zonas de campo. Estas narrativas<sup>9</sup>, cuya demarcación es siempre elástica, surgían en intersección con otros géneros y formas culturales, desde la literatura especulativa a la romántica, pasando por el terror o la ciencia ficción. La nueva escritura ruralista, como fenómeno también fronterizo e intermedial, se ha convertido en un lugar de referencia a partir del que reformular cuestiones como la necesidad de una soberanía alimentaria, la destrucción de ecosistemas, las transformaciones en las condiciones de habitabilidad o la gestión de la vida en las ciudades. La estética enfrenta hoy, sin embargo, varios retos: por un lado, la incapacidad para referir una única forma de ruralidad, dado que ni el campo ni la ciudad son realidades fijas o reductibles; y, por el otro, la urgencia de abordar la crisis climática desde lo global, atendiendo también al fracaso de las ciudades como “formas de organización social, expresión cultural y gestión política” (Borja y Castells, 2004: 12). Así, frente a las lecturas que afrontan la neorruralidad desde el esencialismo y la retrotopía<sup>10</sup> (Bauman, 2017) hacia modos de relación y usos tradicionales, estas escrituras se nos muestran también como lugar de resistencia radical y apertura globalista, un espacio de posibilidades políticas y un eje fundamental para los movimientos de solidaridad, descubriendo y redescubriendo “experiencias de franqueza, de conexión, de solidaridad o de participación que, en definitiva, son las úni-

9 A causa de su sorprendente flexibilidad, la novela se ha convertido en estas décadas también en el espacio protagonista de articulación de una respuesta frente al cambio climático. Sin embargo, las preocupaciones ecologistas han permeado igualmente el resto de géneros, como pone de relieve la consolidación de la categoría de ecopoema o el énfasis que la ecocrítica ha puesto desde sus orígenes en la no ficción. Así lo expone Carmen Flys (2018) cuando subraya que “la ecocrítica empezó valorando sobre todo los géneros de no ficción por su representación de la naturaleza, fiel al paradigma científico aunque de lectura más amena, por lo que atraían a más lectores”. Esta permeabilidad es evidente en el caso de las nuevas ruralidades, cuyos centros de interés se han desplegado a lo largo de todo el paisaje cultural y mediático, produciendo textos que, desde distintos géneros, se han mostrado interpelados por las complejas circunstancias de nuestro siglo.

10 Tal y como señala Zygmunt Bauman, en un aspecto que tiende a emparentarse mecánicamente con los textos neorrurales, las retrotopías “no indican un retorno directo a un modo de vida que se practicara con anterioridad”, sino que más bien son “intentos conscientes de iteración del *status quo* existente (de verdad o de forma imaginada)” (2017: 18).



cas que pueden definir cuál puede ser la verdadera deformación” (Williams, 2001: 367) de nuestro tiempo.

Jorge Riechmann apunta al rechazo de la ficción de la normalidad como una característica central de las ecoescrituras. En tiempos excepcionales, como los que habitamos, se hace preciso “recobrar el sentido de la excepcionalidad, la intuición de lo extraordinario” (Riechmann, 2018: 46) como modo de acercamiento al mundo. Esta función casi formalista de la literatura, entendida como vía para el extrañamiento, adquiere en esta época una sustantiva dimensión política, y así se revela en buena parte de los textos neorrurales: volver a cobrar conciencia de lo milagroso es la condición de posibilidad para un entendimiento ético de la naturaleza, del territorio y sus procesos. En *Canto yo y la montaña baila* de Irene Solà, esta desautomatización acontece principalmente en el marco de la voz narrativa, al concederle el protagonismo del relato a formas de vida no humanas. La elocución de las nubes, las piedras o la lluvia, convertidas en efímeros narradores circunstanciales, nos acerca a esa intuición del milagro a la que hace referencia Riechmann como cauce para una experimentación de lo excepcional en la naturaleza. Al mismo tiempo, la decisión revela una voluntad de cuestionar el relato de la subjetividad normativa, los procesos de subjetivación, partiendo de la premisa de que la narración es una tarea colectiva y coral, en permanente reconstrucción. La naturaleza, asimilada a la vez como marco temático y de actuación, es representada desde el conocimiento radical de sus dinámicas, a partir de tareas de investigación e indagación en el medio:

Pasó dos noches enteras en el bosque, y luego volvió la mañana del tercer día, y dijo que había dormido con las mujeres de agua. ¡Dijo que había dormido con las mujeres de agua! Y yo le dije: mamá, y ella dijo: me da igual que me creas o no, si fueras una niña me creerías. Y la llevaron al hospital y la examinaron médicos y más médicos, y no tenía ni un arañazo. Pero a los médicos no les dijo nada de las encantadas. (2019: 179, 180).

En la traducción al castellano de la novela, la traductora añade una nota explicativa sobre las encantadas o las mujeres de agua: “Las *goges*, las encantadas y las mujeres de agua son seres femeninos de la mitología catalana relacionados con el agua de ríos, arroyos, fuentes, etc., semejantes a las xanas asturianas o a las ninfas grecorromanas” (2019: 24). La incorporación narrativa de este elemento como un motor de la acción más, *a priori* extraño desde una mentalidad racionalista y urbana, como atestigua el hecho de que la madre no cuente nada a los médicos de las encantadas, revela un compromiso con estos relatos y la voluntad de desnaturalizar lo consabido. Frente a una comprensión de los códigos y costumbres de los pueblos fundada en la alteridad, Irene Solà sustenta la escritura de su novela en un manejo profundo de los modos de pensamiento de la resistencia mágico-mítica, desde el respeto y el interés genuino por las historias propias de

las zonas rurales y montañosas. Así, no se trata de una transposición de los vínculos urbanos a un entorno rural *exotizado*, sino de la indagación en las formas propias de vivir, desear o pensar desde el campo.

En esta certeza arraigan también las obras de María Sánchez, tanto en su trayectoria poética como ensayística, quien desde el ámbito del feminismo rural y el ecofeminismo ha deconstruido la mirada patriarcal, etnocéntrica y urbana como forma dominante de relación con la naturaleza<sup>11</sup>. Algo similar ocurre con *Cultivos* (Literatura Random House, 2008) de Julián Rodríguez, texto anterior a la consolidación editorial de la tendencia, que revela también una íntima sabiduría del entorno rural y sus formas de vida, en paralelo a una reescritura de sus coordenadas sentimentales, proyectando una visión del campo que no se deduce de la alteridad sino de la asimilación personal o biográfica de sus códigos.

Por otro lado, otro rasgo preeminente de la estética ecológica que habría incorporado esta nueva literatura rural tiene que ver con la revalorización positiva del límite, entendido como un “límite habilitante”. Frente a su inteligibilidad como coerción o restricción, Riechmann enarbola una visión positiva del concepto, como “posibilidad de una participación efectiva en la comunidad” (2018: 45). En el caso de *Intemperie* de Jesús Carrasco, la aparición de los límites es la garantía política para la supervivencia del niño. En un escenario aparentemente anárquico o regido por las oscuras lógicas de un campo apocalíptico y violento, son los límites impuestos por el cabrero (en última instancia, de nuevo el conocimiento de los códigos del rural) los que finalmente le permiten escapar con vida. Así, la adopción de las “formas rigurosas” (2018: 45) son el estímulo para la acción imaginativa y, paradójicamente, hacen posible la salida de los límites del abuso familiar.

Aunque la ficción retoma un *topos* habitual en la última producción literaria, al recurrir a la vastedad del espacio vacío como forma de cartografiar la soledad, la incertidumbre o el desasosiego de los protagonistas, Carrasco resignifica las ruinas del territorio, haciendo de ellas un trasunto de la ruina espiritual o ideológica de los personajes, acentuando su desamparo y explotando hasta límites insospechados (y desde una evidente perspectiva ecológica) los lugares de convergencia del paisaje interior y del exterior. Como apunta Pérez Trujillo, “el llano impone unas condiciones que exigen luchar por la supervivencia” (2017: 245), de forma que el rural se convierte en el texto no solo en una localización concreta para la acción narrativa, un telón de fondo, sino, sobre todo, en un lugar de actuación cuyas normas y estructuras definen y determinan el desarrollo de la ficción y las estrategias comunicativas de los personajes, una presencia que atestigua

<sup>11</sup> Hemos trabajado con mayor profundidad la cuestión de las relaciones entre la obra de Sánchez y el ecofeminismo en Berbel (2020).

el modo en el que coexisten la historia humana con la historia natural (Buell, 1995: 7).

El potencial ecológico de estas obras estriba asimismo en la forma en que tratan de dar solución a la revolución ecológica más allá de las fuerzas más visibles, a saber, en los dominios de “la sensibilidad, la inteligencia y el deseo” (Guattari, 1996: 9), ámbitos especialmente generosos para el desarrollo de la ficción y de la elaboración poética. Si los desafíos de esta nueva era demandan de la cultura una respuesta dinámica, transversal y transfronteriza, los nuevos relatos del rural emprenden una creación de sentido capaz de posibilitar una reformulación de las relaciones sociales no solo en los entornos campesinos, sino también en las ciudades. Es en este sentido reparador de lo social y lo ecológico, que Heike Scharm alude a la obra de Jesús Carrasco desde el prisma de la eco-ficción, distanciándose en buena medida de los modos de la literatura rural tradicional:

The process of constructing and deconstructing dualisms leads to a systems-oriented view of nature where all matter (man, animals, plants) is “mangled,” “meshed,” or interconnected. The protagonists’ “return to earth” becomes possible once they begin to relate to Worldnature no longer as colonizers, but as de-centered subjects who are part of a greater Us. (Scharm, 2017: 267).

Este cambio de mirada desde la perspectiva colonial o dominadora hacia una comprensión afectuosa y comprensiva del territorio es una de las características principales de la nueva literatura rural. En este sentido, propuestas ecofeministas como la que supone la ética del cuidado vertebran buena parte de los textos recientes, lo que, como subraya María Sánchez, implica también una reflexión sobre el lugar que ocupan las mujeres en los sistemas productivos, agrícolas y ganaderos del medio rural, pese a que, en el imaginario colectivo, estas zonas sigan siendo percibidas como masculinas (Sánchez, 2018: 74). La cordobesa defiende un medio rural fundado en la reparación de los lazos sociales y naturales, la recuperación de genealogías familiares disidentes, la reivindicación del cuidado y el afecto como motores políticos de la vida en los pueblos y, en definitiva, la proyección de un territorio vinculatorio, sostenible y justo, capaz de conectarnos con los otros desde la reciprocidad y la expansión de los parentescos (Haraway, 2019).

El caso de *Intemperie* es diametralmente distinto: los personajes transitan también hacia un modo de relación con lo natural que los involucra como parte activa de los procesos, aunque englobándolos en un *nosotros* menos luminoso. De hecho, la obra de Carrasco parece fundarse más bien en la “ecología oscura” (Morton, 2016), en la medida en que propone una resignificación del pensamiento ecológico a partir del sentimiento social de pérdida, la negación, la extrañeza, la inquietud o el malestar como herramientas de emancipación política. A pesar de la distancia en sus planteamientos, autores como Scharm proyectan también sobre las obras de Carrasco una clara “finalidad de de-

nuncia ecológica transnacional” (Mora, 2018: 216) al comprenderlas desde la perspectiva ecoficcional. También Díez Cobo participa de esta lectura ecologista de Carrasco y otros textos ruralistas, al referirse a ellos como un “diario de la desertización del territorio” (2017: 20), en la medida en que “la despoblación aguda del territorio, la superpoblación urbana y las amenazas medioambientales que se ciernen sobre la sociedad parecen precipitar, en buena medida, las acciones que se narran en la mayoría de estos textos” (Díez Cobo, 2017: 23).

Tal y como Guattari señaló a finales del siglo XX, en un texto que mantiene su absoluta vigencia, la última producción ruralista puede leerse desde la óptica ecocrítica en la medida en que amplía el marco de actuación de la responsabilidad medioambiental más allá de las “perspectivas tecnocráticas”, con el fin de articular políticamente los tres registros ecológicos, “el del medioambiente, el de las relaciones sociales y el de la subjetividad humana” (Guattari, 1996: 8). El punto de intersección entre el paisaje natural y el afectivo vendría, pues, a ser también un gozne entre las problemáticas individuales (por ejemplo, la huida del niño protagonista en *Intemperie*, como hemos apuntado; los problemas de pareja en *Por si se va la luz*; la muerte de Hilari en *Canto yo y la montaña baila*) y los conflictos colectivos o ecosistémicos (la desertización y la violencia en *Intemperie*; la repoblación de las zonas rurales acometida por la instituciones políticas en *Por si se va la luz*; la pérdida de los relatos en *Canto yo y la montaña baila*). No se trataría, pues, de resolver los contrarios en el texto, sino de prestar atención a cómo “las culturas particulares se desarrollan, inventando otros contratos de ciudadanía” (Guattari, 1996: 49) y de conciliar lo rural y lo urbano para la superación del desastre ecológico. Ante la certeza de la incapacidad para revertir, al menos con estrategias reformistas, las dinámicas de la degradación medioambiental, la nueva deriva ruralista parecería tener un propósito doble: el de atender, desde los márgenes de la creación, a la común destrucción del tejido social campesino y de las formas de vida naturales; y el de restaurar un compromiso con el rural basado en un entendimiento profundo de sus estructuras y su lenguaje, actuando, como apunta María Sánchez, “como si el idioma agigantara la distancia entre el campo y la ciudad” (2018: 104).

## LOS CONFLICTOS DEL EMPLAZAMIENTO Y EL LUGAR DE LAS CIUDADES EN EL PAISAJE NEORRURAL

Vicente Luis Mora (2018) hace referencia a las novelas en las que no hay una tematización efectiva del espacio rural con el concepto de “lo urbano ruralizado”, describiendo que, pese a que la acción transcurra en entornos naturales o campesinos, el texto acaba siendo más urbano que rural. Esta distancia con respecto al campo, ya sea de carácter biográfico o estético, que también señalaba Colomer en su artículo en *La Vanguardia*, explicaría la razón por la que algunas novelas rurales parecen servirse de lo natural o de los espacios de lo agro como de un mero emplazamiento discursivo. Con frecuencia, el campo ha aparecido como un *marco verde* en el que se insertan los personajes, sin que exista posibilidad de diálogo entre su psicología y las implicaciones ecológicas del lugar. Sin embargo, ¿neutraliza este hecho las posibilidades políticas de estos textos? ¿Cómo abordar la categoría de “lo urbano ruralizado” desde una óptica ecocrítica, siendo esta última una disciplina que, como expone Buell, no ha encontrado todavía el modo de conceptualizar la metrópolis, aun consciente de que los límites entre el campo y la ciudad son cada vez más inexistentes (1999: 707)<sup>12</sup>?

Mieke Bal pone el foco en cómo los espacios pueden operar de dos formas diferentes en la ficción: por un lado, la localización puede servir únicamente como “lugar de acción” o “marco”; pero también puede tematizarse y “convertirse en objeto de presentación por sí mismo”, un “lugar de actuación” (Bal, 1987: 103). Tanto el lugar de la acción como el lugar de la actuación pueden funcionar de forma estable o de manera dinámica, en función de si se convierten o no en una “zona de paso susceptible de grandes variaciones” (Bal, 1987: 104). Así, cuanto más tematizada esté y más dinámica sea la espacialidad en el artefacto narrativo, más ricas serán también las relaciones entre la acción, los personajes y la localización. Pero, en la tradición rural, ¿hay una forma hegemónica de tematizar o de dinamizar el campo?

La novela *Alabanza* de Alberto Olmos plantea con extraordinaria precisión algunos de estos conflictos del emplazamiento narrativo en lo que respecta a la oposición entre el campo y la ciudad: la acción de su novela se sitúa en el medio rural, un entorno desprovisto de señas de identidad, y mediado, en buena medida, por el estereotipo cultural sobre los espacios agrícolas. Pese a la localización en el pueblo, la novela se desentiende de su tematización convencional, para convertirse, en su lugar, en un irónico diagnósti-

12 Lawrence Buell va todavía más allá, cuando expone que, hasta que la ecocrítica no se haga cargo de las ciudades, el movimiento permanecerá atado al imaginario burgués euroamericano (pues la escritura de la naturaleza y, en menor medida, la poesía de la naturaleza, siguen estando escritas por autores blancos de clase media y seguirán siendo consumidas por lectores blancos de clase media) (1999: 797).

co del panorama literario y editorial, a partir de la indagación en las relaciones amorosas y creativas de una pareja de escritores, una decisión que desestabiliza las expectativas sobre la narrativa rural en su conjunto.

Y también dijo muchas veces “pueblo”; el pueblo, este pueblo. Y Claudia lo mismo. Porque en el pueblo. Y cuando lleguemos al pueblo. Y mira que en el pueblo. Y toda su conversación estaba poblada de pueblo. Y a lo mejor no era un pueblo; a lo mejor era una aldea adonde iban. La palabra “pueblo” les sonaba a polvo, azadones y pan, al tonto del pueblo y al pueblo llano, a ser de pueblo y a venir del pueblo, mientras que “aldea” era más lindo, más pequeño, más coqueto, casi oían el asa de un caldero batiendo contra el metal que alojaba pócimas mágicas. (2014: 14)

En este extracto, el narrador enumera una serie de imágenes vinculadas con la ruralidad tradicional para introducirnos en el marco de la acción. Los protagonistas, Sebastián y Claudia, representan cada uno una mirada distinta hacia el rural: mientras que el conocimiento del entorno por parte de Sebastián es más profundo, aunque sin afecto; el acercamiento de Claudia es inevitablemente urbano, el paisaje le resulta ajeno (“Pensaba en el nombre de las cosas, miraba una encina en la cuneta del camino y no sabía que era una encina, echaba un ojo al caz de una tierra y no sabía que se llamaba *caz*”, p. 49). Esta incapacidad para referir los objetos y las tareas del campo, o para representar, en última instancia, el campo como una “realidad histórica variable” (Williams, 1972), hace también evidente en lo formal lo ardua que es la comunicación entre la narración de la novela y los relatos del rural, acrecentando la distancia entre los dos dispositivos al actuar desde “matrices socioculturales diferentes” (Massoni, 2013). La conexión entre el lenguaje urbano (principalmente reconocible en Claudia y en la sucesión de lugares comunes) y el lenguaje de la ruralidad no parece fluir, de modo que la trama se desarrolla por otros derroteros: la escritura de la pareja, sus conflictos sentimentales, el mercado de la literatura, etc. Para Mora, en el libro de Olmos “la escenificación campestre es una opción, pero no es determinante, no es el leitmotiv del libro, hasta cuando se aborda el pueblo interesan más las historias personales de sus habitantes que el hecho de la ruralidad” (2018: 208). No obstante, ¿a partir de qué punto el emplazamiento se convierte en una “opción determinante”? ¿De qué modo pueden estas nuevas novelas rurales abordar otros temas sin desatender el “hecho de la ruralidad”? ¿Ocurre algo similar en las llamadas “novelas urbanas”?

El campo, como lugar de actuación, ostenta una función altamente simbólica (Bal, 1987: 102), de manera que sus objetos, sujetos y relatos gozan también de un rango especial que nos obliga a comprenderlos de acuerdo con sus lógicas específicas. Sin embargo, estas lógicas son cambiantes e inestables, quedan lejos de la pureza que, con frecuencia,

atribuimos al medio rural en las representaciones literarias, generando en consecuencia una suerte de “mundo esmaltado”, monolítico, carente de conflictos. En este sentido, tal y como ya subrayó Raymond Williams en su imprescindible *El campo y la ciudad*, quizá la principal virtud de la literatura neorrural sea su potencia para pensar un mundo paradójico e irónico, mestizo y sometido a acelerados y decisivos cambios, para el cual la nostalgia y sus “retrospectivas extendidas” han dejado de ser herramientas de comprensión funcionales (Williams, 2001: 43). Uno de los aspectos más llamativos de *Alabanza*, que hace converger en su título toda una larga tradición de menosprecios de corte y alabanzas de aldea, es el uso de la ironía, una herramienta no demasiado frecuente en la estética neorrural, que es puesta a disposición del cuestionamiento de la distinción entre la ciudad y el campo. Frente a este texto, la categoría de “lo urbano ruralizado” parece abundar de nuevo en los binarismos, mermando sus posibilidades críticas, en la medida en que “nuestra experiencia social real no se limita únicamente al campo y la ciudad, en sus formas más singulares, sino que existen muchos tipos de organizaciones intermedias y nuevos tipos de formaciones físicas y sociales” (Williams, 2001: 357). La representación de esta extensa gama de grises a la que hace referencia Raymond Williams encuentra en el texto de Olmos un lugar fundamental para su examen, en la medida en que la novela se aleja por completo de las más explícitas preocupaciones políticas sobre el medio rural para interrogarse en su lugar sobre la vivencia de la literatura, la memoria o los afectos.

En *Por si se va la luz* (Lumen, 2013) de Lara Moreno, una de las novelas más representativas de esta nueva literatura rural, la protagonista, Nadia, reflexiona también sobre la tensión entre el campo y la ciudad, a partir de los materiales de su propia memoria:

Para empezar, el solo hecho de recordar nuestra vida anterior me provoca un estremecimiento. ¿Yo vivía así? Desde que estoy aquí me es más fácil recordar mi infancia que mi edad adulta, aunque de niño nunca conviviera con lo rural de esta manera. La ciudad ha sido mi hábitat y el de mis antepasados, esa ciudad gigante donde al principio de mi memoria existían jardines y patios con árboles en las casas de las afueras. No como estos, sino uniformes. Luego el meollo. La absorción y el derrame. Lo monstruoso. La frivolidad del ensanchamiento, esos kilómetros llenos de construcciones, de pequeñas ciudades que nunca terminaron de existir, bloques simétricos con sus instalaciones de luz y de agua, urbanizaciones parásito.

En el fragmento, los recuerdos de infancia están más próximos a las sensaciones del mundo rural. Sin embargo, todo cuanto le es posible rememorar (de forma individual, pero también como genealogía) ocurre en el espacio urbano, ese espacio que es a la vez oscuro y luminoso, paradójicamente lugar para el arraigo y para el desarraigo. Aunque

Moreno reitera algunos de los tópicos tradicionales asociados con la ciudad y con el campo, quizá en esa visión narrativa que Mora considera propia de cierto “*extrañamiento ante lo rústico*” (2018: 206), la novela subvierte las temporalidades habituales asociadas con el campo y la ciudad. La imagen del campo es frecuentemente una imagen de pasado, mientras que la ciudad aparece en nuestro imaginario como un fragmento del futuro, el espacio del progreso y el desarrollo, de la vida adulta. Para la narradora, sin embargo, tanto la ciudad como el campo se revelan como imágenes del pasado (más aún, de hecho, la ciudad que el campo), de modo que también ambos espacios aparecen representados como posibilidades de futuro. En un curioso diálogo con el extracto seleccionado, Williams subraya cómo “lo realmente significativo no es la antigua aldea o el antiguo barrio urbano, sino la percepción y afirmación de un mundo en el cual uno mismo no es necesariamente un extraño ni un agente, sino que puede ser un miembro, un descubridor, una fuente de vida compartida” (2001: 367). El descubrimiento principal de Nadia es finalmente cómo convertirse en un miembro de pleno derecho de la comunidad, descubrir quiénes pueden conformarla y quiénes están irremediabilmente excluidos de ella.

En ambos casos, los textos nos interpelan de forma elocuente acerca de las oportunidades críticas de este “*extrañamiento ante lo rústico*”. Hay en ellas una potencia política que reflexiona sobre el papel de las ciudades en su relación con lo natural y lo campesino, o una propuesta reparadora (o al menos, propositiva) de los lazos entre lo urbano y lo rural. Esta irrupción de “lo urbano ruralizado” o de “lo rural urbanizado” en los nuevos textos ruralistas explicita hasta qué punto los límites entre el medio rural y la ciudad son cada vez más difusos y resultan más inoperantes en las luchas políticas del presente, dado que, como exponen Borja y Castells, en el futuro próximo también “las áreas rurales formarán parte del sistema de relaciones económicas, políticas, culturales y de comunicación organizado a partir de los centros urbanos” (2004: II). A esto ha contribuido de forma sustantiva el paradigma digital y la perspectiva del teletrabajo, algo acentuado visiblemente a causa de la pandemia<sup>13</sup>, lo que parece haber confundido aún más las fronteras físicas entre las zonas urbanas y las rurales, una circunstancia en auge que apenas se deja entrever en la más reciente *nature writing* (Buell, 1995; Armbruster y Wallace, 2001).

Las novelas de Alberto Olmos y Lara Moreno, lejanas en sus postulados a las obras de María Sánchez, Jesús Carrasco o Irene Solà, son reveladoras de cómo la ruralidad

<sup>13</sup> De hecho, tal y como expone Nogué, “el neorruralismo es algo más que un mero retorno al campo. Expresa, de hecho, un cambio de territorialidad; es decir, un cambio en las relaciones existentes entre los individuos y su entorno biosocial, o, si se prefiere, unas nuevas prácticas socioespaciales en el ámbito rural” (2016: 496), lo que no solo no excluye a las ciudades de la reflexión sobre la territorialidad, sino que se afana en problematizar las fronteras entre los territorios urbanos y los rurales.



se afronta en el presente desde distintos lugares no solo geográficos, sino también de enunciación, sin que ello anule sus posibles lecturas ecocríticas o su margen de actuación en lo referente a la relación entre literatura y naturaleza. Tal y como apunta Williams, “las ideas sobre el campo y la ciudad, frecuentemente ajustadas a un estilo anterior, continúan actuando como intérpretes parciales” (2001: 365), y, en consecuencia, se nos muestran faltas de perspectivas críticas y lectoras más complejas, superadoras de este eje. El campo no supone en sí mismo un lugar de resistencia, como tampoco lo hace la ciudad, sino que ambos conforman dos espacios históricamente connotados e infructuosamente opuestos, cuyas mutuas coordenadas estéticas nos son indispensables para el cuestionamiento de nuestros sistemas productivos, en la medida en que “lo que en verdad debemos observar, en el campo y la ciudad por igual, son los procesos sociales reales de alienación, separación, externalidad y abstracción” (Williams, 2001: 367), la historia necesaria del capitalismo.

## CONSIDERACIONES FINALES

Una pregunta fundamental que concierne igualmente a la ficción ecologista y las escrituras neorrurales es la que tiene que ver con el papel de las ciudades en el avance hacia otros modos de territorialidad más sostenibles. A pesar de la facilidad con que en ella se reproduce todavía la tradicional confrontación entre el campo y la ciudad, la estética neorrural contribuye a pensar cómo abordar la metrópolis desde una perspectiva ecologista, sin perder de vista las posibilidades críticas e imaginativas que, en el camino hacia otros mundos posibles, tiene la literatura. Aunque con frecuencia suele resaltarse el medio rural como generador de comunidades pequeñas y ecológicamente equilibradas, lo cierto es que la ciudad puede también facilitar el encuentro y la actividad de la multitud, en el sentido en que lo exponen Hardt y Negri (2004), quienes aluden a la ciudad como un lugar favorable para la producción del común al posibilitar encuentros impredecibles y generar lazos políticos férreos y duraderos. En las últimas décadas, se ha hecho explícita la urgencia por encontrar formas nuevas de relación con el espacio, de las que también los más recientes textos rurales se hacen cargo, como vienen haciendo las eco-escrituras: otra comprensión de la naturaleza, de las fronteras entre lo humano y lo no-humano; un cuestionamiento profundo del paisaje, a menudo incorporado como un orden ya dado; formas de resistir el capitalismo y sus alteraciones del territorio; y, en definitiva, modos de reconocer “las significaciones, las implicaciones y las conexiones del campo y la ciudad” (Williams, 2001: 376).

La heterogeneidad que caracteriza a la literatura neorrural nos obliga a acercarnos a los textos como realidades distintas y cambiantes, cada uno de ellos marcado por una particular relación con la ruralidad, que aun así comparten entre sí la potencia para

redefinir los vínculos entre la subjetividad y el territorio, entre la sensibilidad, la inteligencia y el deseo, en un contexto ecosocial como el presente en el que el medio rural se encuentra amenazado por diferentes fuerzas de carácter local, nacional y global. La lógica opositiva que caracteriza a muchos de estos textos (de empuje contraurbanizador y contrahegemónico, incluso distópicos en algunos casos) no debe hacernos desviar la atención de sus posibilidades igualmente propositivas, constructivas y utópicas, en la medida en que formulan reiteradamente nuevos horizontes de *planetariedad* y habitabilidad. Así, pese a la extensa tradición que acompaña a la literatura rural, también más allá de las fronteras peninsulares, las urgencias de este siglo la proyectan hacia direcciones extraordinariamente sugerentes: una práctica privilegiada para atajar el colapso medioambiental y las consecuencias derivadas de este, tanto por el papel que la ficción y la cultura han de desempeñar en la imaginación de sus salidas, como por el rol que el medio rural y las nuevas ruralidades van a jugar en el futuro.

Examinar la evolución de la estética implica, en suma, leer también desde paradigmas menos antropocéntricos y más ecocéntricos, aun conscientes de los esencialismos que, con frecuencia, sostienen nuestras categorizaciones literarias. La legitimidad de la distinción entre el campo y la ciudad solo es hoy quizá viable desde una identificación fundamentalmente estratégica, destinada a caducar: “redefinir la tarea política por excelencia: qué pueblo forman ustedes, con qué cosmología y en qué territorio” (Latour, 2017: 165).

## BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, Luis (2006). “Los viajes como género literario”. Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.). *Diez estudios sobre la literatura de viajes*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas: 67-87.
- Armbruster, Karla y Wallace, Kathleen R. (2001). *Beyond Nature Writing: Expanding the Boundaries of Ecocriticism*. Charlottesville and London: University Press of Virginia.
- Badal, Marc (2018). *Vidas a la intemperie*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Bal, Mieke (1990). *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Bennett, Jane (2009). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- Berbel, Rosa. “Ecofeminismo y feminismo rural en *Tierra de mujeres* de María Sánchez”. *Revista Úrsula* 4 (2020): 1-13.
- Bonvalot, Anne-Laure (2019). “Nuevas territorialidades y ontologías políticas en la ficción española post-15M: horizontes estéticos y antropológicos de la literatura indignada”. Caggio y Conde, Jorge y Touton, Isabelle (eds.). *España después del 15M*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Borja, Jordi y Castells, Manuel (2004). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la*

- información. Madrid: Taurus.
- Buell, Lawrence (1995). *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Buell, Lawrence. "The Ecocritical Insurgency". *New Literary History*, 30(1999): 699-712.
- Campuzano, Luisa. "Cristina García: narrativas de lo nacional y lo posnacional". *Kamchatka* 1 (2013): págs. 115-132.
- Chevalier, Michel (1981). "Les phénomènes néo-ruraux". *L'Espace Géographique* 1 (1981): 33-47.
- Colomer, Álvaro. "La literatura vuelve al campo". *La Vanguardia* (2014).
- Díez Cobo, Rosa María (2017). "Páramos humanos: retóricas del espacio vacío en La lluvia amarilla de Julio Llamazares y en la novela neorrural española". *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas* 15 (2017): 13-25.
- Dwyer, Jim. (2010). *Where the Wild Books Are: A Fiel Guide to Ecofiction*. Nevada: University of Nevada.
- Ferré, Mireia Baylina y Salamaña, Isabel. "El lugar del género en geografía rural". *Boletín de la A.G.E* 41 (2006): 99-112.
- Gancedo, Emilio (2020). *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Guattari, Félix (1996). *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos.
- Haraway, Donna. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Editorial Consonni.
- Hardt, Michael y Negri, Toni (2004). *Multitud: guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Editorial Debate.
- Latour, Bruno (2017). *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martí, Marc. "Menosprecio de corte y alabanza de aldea en la novela a finales del siglo XVIII". *Revista de Literatura* 63(2001): 289-297.
- Massoni, Sandra (2013). *Metodologías de la comunicación estratégica. Del inventario al encuentro sociocultural*. Rosario: Homo Sapiens.
- Del Molino, Sergio (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- Mora, Vicente Luis. "Líneas de fuga neorrurales en la literatura española contemporánea". *Tropelías: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 4 (2018): 198-221.
- Moreno, Lara (2013). *Por si se va la luz*. Barcelona: Lumen.
- Morton, Timothy (2016). *Dark Ecology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Nogué, Joan. "El reencuentro con el lugar: nuevas ruralidades, nuevos paisajes y cambio de paradigma". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* 62 (2016): 489-502.
- Olmos, Alberto (2014). *Alabanza*. Barcelona: Random House.
- Ratier, Hugo. "Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión". *Revista de Ciencias Humanas* 31 (2002): 9-29.
- Rauch, Taylor. "New ruralities in the context of global economic and environmental change

- are small-scale farmers bound to disappear?”. *Geographica Helvetica* 69 (2014): 227-237.
- Riechmann, Jorge (2018). “Una nueva estética para una edad solar”. Albelda, José, Parreño, José María y Marrera Henríquez, José Manuel (eds.). *Humanidades Ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: Ediciones Catarata: 34-51.
- Robertson, Roland (1995). “Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity”. Featherstone, Mike, Lash, Scott y Robertson, Roland (eds.). *Global Modernities*. London: Sage: 25-45.
- Rodríguez Marcos, Javier. “La literatura toma tierra”. *Babelia, El País* (2019):
- Rodríguez Marcos, Julián (2008). *Cultivos*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Sánchez, María (2017). *Cuaderno de campo*. Madrid: La Bella Varsovia.
- Sánchez, María (2018). *Tierra de mujeres*. Barcelona: Seix Barral.
- Scharm, Heike (2017). “The Return to the Earth in the Anthropocene: (E)colonization in Marlen Haushofer and Jesús Carrasco”. *Letras Hispanas* 13 (2017): 255-268.
- Solà, Irene (2019). *Canto yo y la montaña baila*. Barcelona: Anagrama.
- Trexler, Adam (2015). *Anthropocene Fictions: The Novel in a Time of Climate Change*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Williams, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Zoratti, Jen (2014). *Are we Getting Warmer? Works of Climate Fiction Posit a very near Future Dramatically Altered by Global Warming*. Manitoba: Winnipeg Free Press.